

# ECONHUMOR

## CARLOS RODRIGUEZ



## BRAUN

**LAS ACENDRADAS CONVICCIONES LIBERALES DE PAUPER OIKOS SON PUESTAS A PRUEBA CUANDO SE ENFRENTA EN EL CEMENTERIO LONDINENSE DE HIGHGATE CON UNA CÉLEBRE SOCIÓLOGA VICTORIANA Y HEROÍNA DEL PENSAMIENTO CONSERVADOR**

## HERIBERTA MARKS

**L**OS CONSERVADORES VUELVEN A LA CARGA, CON ÉXITOS ELECTORALES frente a un socialismo desconcertado. ¿Será el siglo XXI un siglo conservador como el XIX? Pauper Oikos voló a Londres en busca de la respuesta.

En el cementerio de Highgate se encontró con Heriberta Marks, la afamada socióloga victoriana, autora del clásico de la literatura conservadora *La mujer contra el Estado*.

—Doña Heriberta —le preguntó—. ¿El siglo XXI será conservador?

—El conservadurismo se fue desdibujando ya en la segunda mitad del XIX. En su día denuncié que al incremento de libertad teórica seguiría un decrecimiento de libertad de facto. Así fue. En ese siglo supuestamente liberal empezaron los avances políticos sobre las libertades cívicas. Se gestaron argumentos hoy incuestionables, como que el Estado debe subvencionar la investigación o establecer regulaciones de todo tipo, laborales, industriales, comerciales, sanitarias, etc. Eso es el socialismo, es decir, la esclavitud.

—No diga eso, señora —la corrigió Pauper Oikos—. Vivimos en democracia.

—Pero la libertad puede padecer tras los votos —re-



JESUS MARTINEZ DEL VAS



## ECONHUMOR CARLOS RODRIGUEZ BRAUN

plicó la Sra. Marks—. La verdadera cuestión reside en comprobar si las vidas de los ciudadanos se encuentran tan limitadas como lo estuvieron anteriormente. La esclavitud, o servidumbre, que diría el amigo Hayek, no se define sólo como sujeción a un individuo en concreto sino como porcentaje del trabajo de cada uno que nos es arrebatado. Podemos, así, ser siervos de la sociedad. Y se trata de una sumisión no menos real porque cuente con respaldo electoral.

El economista decidió entonces buscar un posible flanco débil en la heroína del conservadurismo.

—Le recuerdo que el crecimiento del Estado ha venido avallado, cuando no propiciado, por los conservadores.

—¡Son neoconservadores! Por cierto, esa palabra la inventé yo, precisamente para señalar a los de derechas que son como los de izquierdas en su antiliberalismo, como fueron Bush, Sarkozy y ahora Barbie, que suben impuestos y recortan libertades. Alegan que no les gusta pero que deben hacerlo, por nuestro bien; les agrada presentarse como liberales —un ministro español incluso presumió de austriaco— olvidando que el liberalismo representa la libertad individual contra el Estado coercitivo.

—¿Cualquier Estado es coercitivo? —preguntó Pauper Oikos, sibilino.

—No me hagas trampas, que te conozco —respondió Heriberta—. La libertad que disfruta un ciudadano ha de medirse no por la naturaleza de la maquinaria gubernamental bajo la cual vive, sea o no representativa, sino por la relativa escasez de restricciones que se le impongan. Las limitaciones establecidas deben ser negativamente coercitivas, no positivamente coercitivas.

**P**AUPER OIKOS OPTÓ POR JUGAR UNA ÚLTIMA CARTA SENTIMENTAL: la del Estado mínimo que atiende a los pobres. Después de todo, ya lo contempló Hayek en *Caminos de servidumbre*, para gran alegría de Keynes.

—Pero entonces, ¿usted no cree en un Estado mínimo para ayudar a los pobres?

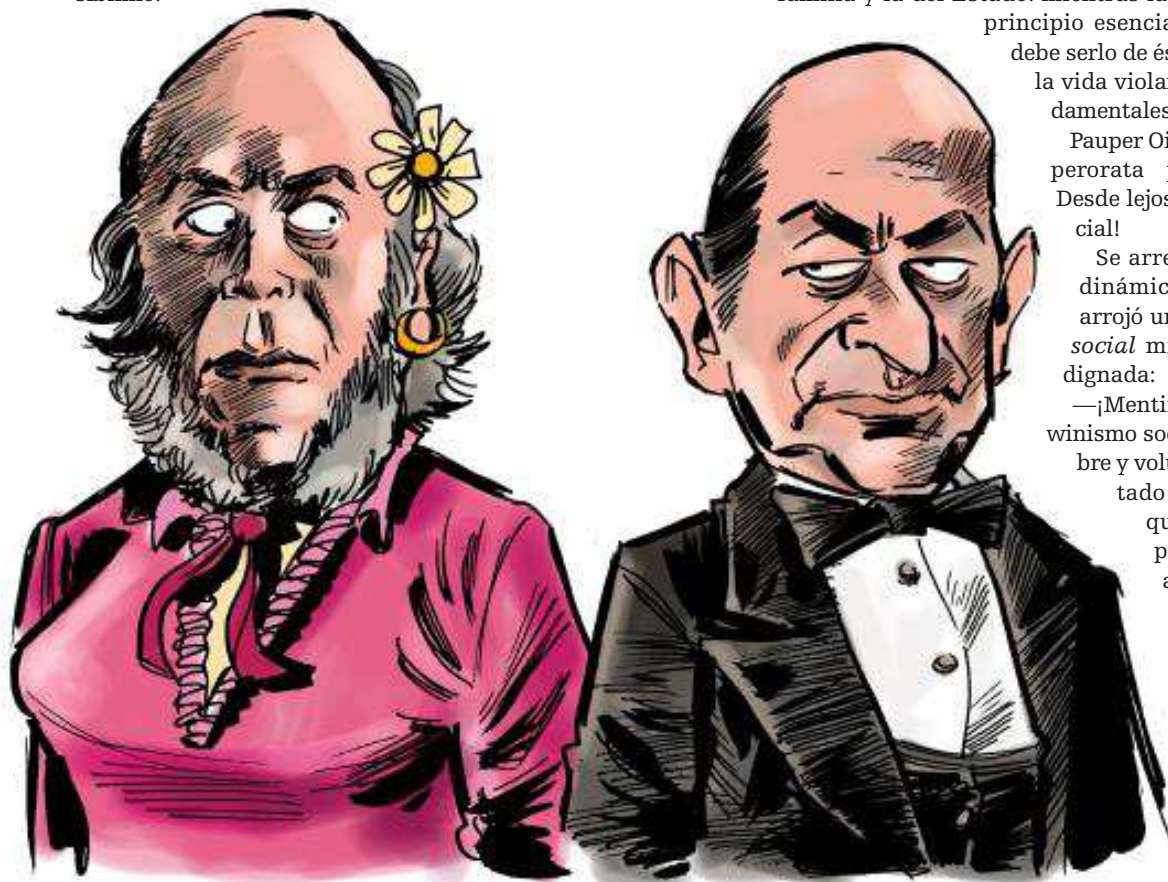
—La redistribución forzada por el Estado es pagada por los ciudadanos que son empobrecidos con menores salarios. Cada nueva injerencia del Estado fortalece la clásica presunción de que es un deber del Gobierno ocuparse de todos los males y asegurar el mayor número de bienes. El intervencionismo pretendidamente humanitario lleva a un creciente control público de la vida personal y familiar. Y eso nunca ayuda a los pobres. Debemos establecer una distinción radical entre la ética de la familia y la del Estado: mientras la generosidad debe ser el

principio esencial de aquélla, la justicia debe serlo de ésta. Y no se puede mejorar la vida violando sus condiciones fundamentales.

Pauper Oikos había aprovechado la perorata para tomar distancia. Desde lejos, le gritó: ¡darwinista social!

Se arrepintió de inmediato. La dinámica Heriberta Marks le arrojó un ejemplar de *La estática social* mientras denunciaba, indignada:

—¡Mentiroso! No defiende el darwinismo social sino la solidaridad libre y voluntaria. Y niego que el Estado cree derechos, e incluso que resuelva realmente problema alguno, porque aumenta con una mano los males que con la otra intenta disminuir. El socialismo, así, no sólo es tiránico sino que es una especie de darwinismo al revés: favorece a los menos aptos y a los más caraduras. ■



**La servidumbre de la que hablaba Hayek no se define sólo como sujeción a un individuo en concreto sino como porcentaje del trabajo de cada uno que nos es arrebatado. Podemos, así, ser siervos de la sociedad**